

Sant Cugat del Vallès, 20 de abril de 2020

Queridas hermanas y queridos miembros de MFA:

Al acercarse el día 23 de abril, fecha en la que conmemoramos los 150 años de la entrada de Madre Alberta en el Colegio de la Pureza, deseo felicitaros y compartir con vosotros unas pequeñas reflexiones. Este es un gran día para nosotros; un día en el que agradecemos el 'sí' de una mujer que abrió un nuevo camino de santidad en la Iglesia, camino por el que estamos llamados a transitar todos los que pertenecemos a la gran familia de la Pureza.

La historia de la Salvación empezó con el 'sí' de una mujer, María. La Congregación de la Pureza y MFA también nacieron gracias al 'sí' de una mujer, Alberta Giménez, que no por casualidad tenía como modelo a la primera que dijo sí a Dios.

El 23 de abril del año 1870, Alberta, una joven viuda de 32 años y con un hijo pequeño, decide dar un paso adelante en su vida. Un mes antes había contestado a la petición del obispo D. Miguel Salvá de encargarse del Colegio de la Pureza, que se encontraba en un estado de total decadencia. La situación no es halagüeña, el reto es grande. Según la H. Margarita Juan «es un colegio sin disciplina, ni profesoras, y una caja sin fondos. Un colegio para muchachas que ni siquiera tiene en su haber un renombre intachable» (*Una Insigne Balear*, p. 240).

Imaginemos, por un momento, sus dudas, su incertidumbre. ¿Qué responde Alberta? Dirige su propio colegio y tiene un hijo pequeño, Alberto. Solo las almas profundas ven más allá de lo externo y saben captar la voz de Dios en los acontecimientos y las personas. Supo reconocer la llamada de Dios y responder según el criterio que le acompañaría tantas veces a lo largo de su

vida: «No quiero nada más que cumplir la voluntad de Dios en todo y siempre»
(*Pensamientos Espirituales*, n. 192).

Responde 'sí', ¿adónde le llevará este 'sí'? No lo sabe, tampoco lo sabía la Virgen. Pero, para ella, es la voluntad de Dios. Con una confianza ilimitada en la Providencia da un paso decidido, atraviesa la puerta del viejo caserón de Can Clapers y, sin saberlo bien, abre un nuevo camino en la historia de su salvación. Años más tarde dirá: «Fue Dios quien me llevó a la Pureza» (*Una Insigne Balear*, p. 242).

Ella conocía bien la situación de la educación en Mallorca a finales del siglo XIX; el mayor número de analfabetos se encontraba entre las mujeres. Hacían falta maestras, y la ausencia de una Escuela Normal en las Islas dificultaba el acceso de las jóvenes mallorquinas a los estudios de Magisterio.

Había dicho 'sí' a levantar el Colegio; este era solamente el primer eslabón de una larga cadena de 'sies'. Dios sigue llamando a su puerta por medio de otras personas. ¿Aceptaré ser la directora de una escuela de Magisterio, la primera Normal femenina de Baleares? Es una nueva responsabilidad que requiere una mayor preparación y una gran dedicación. Para ella, educar «es continuar la obra de Dios», por eso da un nuevo 'sí' y acepta formar a las que serán las maestras de las escuelas de las Islas. Durante su vida 3.150 maestras se formarían en la Normal.

Y Dios sigue pidiéndole más: su consagración y la de sus hermanas a su servicio. Lo pide todo, ser suyas y para siempre. ¿Qué responde entonces? De nuevo dice 'sí' y se deja guiar en la fundación de la Congregación de la Pureza. Comparte la riqueza de su experiencia como maestra y madre con aquellas que se sienten llamadas a consagrarse a Dios por medio de la misión de educar. Juntas, irán plasmando el carisma recibido para bien de la Iglesia y de la sociedad.

Su 'sí' a Dios fue grande, como grande es la obra que Dios ha realizado en estos 150 años.

¿Soñaste, Alberta, que en el continente americano miles de niños y jóvenes bendecirían tu nombre?

¿Soñaste que muchos maestros y profesores se sentirían motivados al leer tus escritos y al conocer tu vida?

¿Soñaste que muchas jóvenes americanas serían religiosas y que, imitando tu decisión y valentía, atravesarían el Océano para cumplir la voluntad de Dios entregándole su vida en este camino iniciado por ti?

¿Soñaste, Madre, que las Comunidades de hermanas serían interculturales e incluso intercongregacionales? ¿Soñaste que, siguiendo tus huellas, muchas jóvenes congoleñas se entregarían a Dios en la Pureza?

¿Soñaste que, en el corazón de África, en la República Democrática del Congo, los alumnos recitarían las poesías que escribiste para enseñar a las alumnas de Palma de Mallorca, que representarían obras de teatro, grabarían canciones y te escribirían cartas y poesías?

¿Soñaste que tus hijas aceptarían el cuidado de los enfermos en las misiones alejadas, llevando tu espíritu de superación y tu atención a los más desfavorecidos?

¿Soñaste que, en un poblado de la selva de Camerún, niños pigmeos y bantúes tendrían una escuela y una educación y aprenderían a quererse y a trabajar, superando los prejuicios y la marginación entre las diferentes etnias?

¿Soñaste que la Normal de Maestras se convertiría en un centro de estudios Superiores que llevaría tu nombre (CESAG)? ¿Y que, en América, tus hijas contribuirían a la formación de maestros y profesores con el IESAG?

¿Soñaste que, en 2009, de tu mismo carisma surgiría MFA? Laicos comprometidos que admiran tu vida y tu obra y que desean seguir a Jesús desde el Evangelio como tú lo hiciste, expresando en su vida las actitudes que tu viviste y santificándose en sus actividades cotidianas.

¡Cuánto nos enseña la vida de Alberta! Cuando uno se pone en manos de Dios, cuando uno deja que actúe en su vida, Él hace cosas grandes, Él realiza grandes sueños. El obispo de Mallorca, Monseñor Sebastián Taltavull, utiliza una bella metáfora: cuando las aspas de un molino son renovadas y se exponen al viento, la energía que se desarrolla es grande. ¡Cuánto más si ese viento es el Espíritu de Dios que se encuentra con nuestra disponibilidad total! Así sucedió con Alberta que, dejándose guiar por el Espíritu, generará a su alrededor vida en abundancia.

Aquel 23 de abril de 1870 era sábado de Pascua. Atrás quedaba la celebración de la muerte del Señor, atrás dejaba también el luto por la muerte de su esposo. Alberta se entregaba con la mirada puesta en Dios y confiada en la Virgen. Más tarde, le gustará repetir: «Con la protección de la Virgen todo resultará bien» (*Pensamientos Espirituales*, n. 315).

La celebración de este 150 aniversario sea una llamada a la responsabilidad frente a la herencia recibida. El camino está trazado, su carisma sigue vivo. Aprendamos de ella y sigamos abriendo nuevos caminos de fidelidad al Espíritu, pronunciando nuestro 'sí' a lo que Dios nos pida. La Madre nos inspira esperanza para llenar de vida otros viejos caserones, a no temer los aparentes fracasos, a dar lo mejor de nosotros mismos siempre, pero, en especial, en la situación en la que vivimos. Ella nos diría: «Bendigamos a Dios y esperemos mejores tiempos ya que hoy nos somete a una pequeña prueba. Ofrezcámoselo todo» (*Pensamientos Espirituales*, n. 181).

Contad con mi oración y mi afecto,



H. Emilia González García
Superiora general